

PALABRAS PRELIMINARES DEL DOCTOR EUGENIO PUCCIARELLI

Me apresuro a expresar mi agradecimiento a quienes han tenido la iniciativa de propiciar mi incorporación a la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, distinción que me honra sobremanera. En el curso de mi formación filosófica y en largos años de docencia universitaria he debido transitar por la senda que conduce a los más acuciantes problemas del hombre —los del saber y los de la acción—, y en los últimos años he prestado preferente atención a los problemas que plantea la política —en sus dos vertientes del conocimiento y de la praxis—. El ingreso a esta Corporación, dedicada al examen objetivo y crítico de estos problemas me dará oportunidad para enriquecer el conocimiento, a través del diálogo, y ampliar el horizonte que circunda a estos problemas. Es una razón más para agradecer esta designación.

Al doctor Mario Justo López, que acaba de trazar una imagen, tal vez idealizada en exceso, de mi actuación en el campo de la filosofía, le doy también las gracias.

Me ha correspondido ocupar el sillón que lleva el nombre ilustre de Roque Sáenz Peña, aquel Presidente argentino que desde el llano lo mismo que desde el gobierno, no cejó en su lucha contra los mandatarios propensos a abusar del poder con olvido de sus deberes hacia la colectividad; que combatió los personalismos que terminan por subordinar la aplicación de la ley a la voluntad del gobernante; y que, con no menor energía, luchó contra la intervención de potencias extranjeras en asuntos nacionales.

Roque Sáenz Peña era la figura clásica del hombre de Estado liberal, tan celoso de los derechos del individuo co-

mo de la soberanía de las naciones. Era un creyente apasionado en la justicia como eje indispensable de la convivencia social, igualmente interesado en la libertad del individuo y en la armonía del cuerpo social.

Al poner la ley, no la voluntad personal del caudillo, como base de la democracia, Sáenz Peña sostuvo que la elección de los gobernantes debía provenir del voto libremente emitido por los ciudadanos y del acatamiento de las decisiones de la mayoría.

Por eso cumplió con la promesa de dar al país la ley electoral que lleva su nombre, y que estaba enderezada a evitar el fraude y asegurar la espontaneidad del elector. Su reforma política, resultado de un análisis maduro de la realidad argentina y de los peligros que acechan a la democracia, comprendía tres pasos: el enrolamiento de los ciudadanos a cargo del Ministerio de Guerra, la confección del padrón electoral bajo la responsabilidad del Poder Judicial, y la lista incompleta, que evitaba la unanimidad de los oficialismos y daba representación a las minorías, y que se elegía por el voto secreto y obligatorio, como manera de asegurar la independencia de la voluntad del elector.

Sáenz Peña murió hace exactamente setenta años, el 9 de agosto de 1911. La vida no le dio tiempo para asistir a la transformación política del país que su reforma electoral había hecho posible. Pero todavía tienen actualidad las palabras de su mensaje al Congreso de la Nación que constituían una exhortación a los legisladores e, indirectamente, al país entero. "Acatemos la decisión de las urnas, e imperfecta como sea, sea nuestro empeño de mejora en lugar de su descrédito por la protesta o la abstención". Y agregaba: "que la mayoría no abuse de su victoria".

* * *

Me toca ocupar el sillón vacante por la desaparición del doctor Fernando Etcheverry Boneo, que ejerció con gran autoridad profesional la medicina en la rama de fisiología integral, que abarcaba a la vez la clínica y la cirugía.

Durante más de cincuenta años ejerció la medicina con auténtica devoción y, siempre ávido de perfección, supo ennoblecer con actividad incesante sin reparar en la mag-

nitudo del trabajo y las fatigas que acarrea. Publicó más de ochenta estudios científicos, desempeñó cargos técnicos e incluso fue interventor en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires. Al margen de su especialidad se interesó por los aspectos humanistas de la medicina y dedicó sus afanes al estudio de la historia de la medicina.

El azar ha querido que ambos, el predecesor y el sucesor, hayan pertenecido al gremio de los médicos, aunque el primero consagrara su existencia entera a esa especialidad, y el que debía sucederle haya preferido desertar desde muy temprano para entregarse a una vocación distinta, comprendiendo quizá que era imposible prodigar energías en dos profesiones heterogéneas.

Sólo quiero agregar, en elogio de quien me ha precedido en la función, que no ahorraré esfuerzos para estar a la altura de sus méritos, y que su ejemplo, estimulante para los que tuvieron la fortuna y el honor de conocerlo en la Academia, habrá de ser una guía orientadora en las tareas que el tiempo me vaya invitando a participar.